

097. Un año de gracia

Si preguntamos a cualquiera que nos diga: *-¿Cuál es, a su parecer, la obra cumbre de la pintura universal?...*, de seguro que la respuesta la tiene a flor de labios: *-¡La Capilla Sixtina!* Y le daríamos la razón.

Esa Capilla del Vaticano, realizada por Miguel Ángel, resulta deslumbrante: ¡qué cuadros! ¡qué frescos! ¡qué figuras! ¡qué colorido! ¡qué imaginación! ¡qué ideas! ¡qué teología!... El arte y la ciencia se han conjugado de manera maravillosa para darnos una creación inmortal.

Lo curioso es el origen de semejante concepción. Se cuenta que cuando el Papa le encomendó a Miguel Ángel la empresa, el artista iba deambulando por las calles de Roma pensativo: *-¿Y qué hago? Pero, ¡si no se me ocurre nada!...*

Así iba de meditabundo, cuando en la noche del Sábado Santo asistió al culto de la Vigilia Pascual. Aquellas lecturas bíblicas, que desenvolvían el misterio de Cristo, fueron el chispazo en su mente: La Creación..., el triunfo final del Resucitado... *-¡Ya está!*, se dijo al artista genial. A estas horas, es un chorro humano cada día, llegado de todo el mundo, el que visita esas pinturas que extasían...

¿Nos trasladamos ahora nosotros a esa Vigilia Pascual, la inspiradora de Miguel Ángel, para saber lo que puede influir en nuestra vida cristiana, y hacer de ella una obra maestra de espiritualidad?

Todo el culto del Año Litúrgico arranca de la Pascua del Señor, y a la Pascua van a parar también todas las celebraciones de la Iglesia. ¿Y cuál es el resultado? El cristiano que vive ese misterio pascual a lo largo de todo el año, hace del templo de su alma una obra de espiritualidad verdaderamente maestra.

Podemos decir, que no hay método de vida espiritual tan inspirador como el que nos ofrece la celebración fiel del Año Litúrgico de la Iglesia, del cual dice el Catecismo de la Iglesia Católica, con palabras del Concilio y con referencia especial al Domingo, que lo actualiza cada semana:

“En el círculo del año desarrolla todo el Misterio de Cristo. Al conmemorar así los misterios de la redención, abre las riquezas de las virtudes y de los méritos de su Señor, de modo que se los hace presentes a los fieles para que los alcancen y se llenen de la gracia de la salvación”... Y sigue el Catecismo: *“En el tiempo de la Iglesia, situado entre la Pascua de Cristo, ya realizada una vez por todas, y su consumación en el Reino de Dios, la liturgia está toda ella impregnada del Misterio de Cristo”* (Cat.IC 1163-1164)

Esto es lo que plasmó Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, la cual empieza con la primera Creación de Dios, que lleva hasta Jesucristo, y acaba con el cuadro imponente del Juicio Final.

Y esto es lo que realiza el cristiano en su vida —haciendo de ella una obra de arte excepcional—, cuando sigue cada día todo el Misterio de Cristo, en especial cada semana con el Domingo. Conmemora el Misterio de Cristo. Imita a Cristo en su Misterio. Vive a Cristo tal como se lo muestra su Misterio. Y acaba convirtiéndose en otro Cristo, porque se ha asemejado a Cristo en todo.

A ese cristiano le pasa como a aquel Judas de teatro... En una ciudad catalana se representa desde tiempos lejanos la Pasión de Cristo durante la Cuaresma. El que desempeñaba el papel de Judas —esto hace ya muchos años— era en su vida privada

casi un Judas de verdad. Una vez no puede actuar el que hace de Jesús, y como “Judas” se sabía muy bien el papel, aquella temporada hubo de desempeñar el de Jesús.

Nada especial al principio. Pero después empieza a pensar: *-¿Cómo puedo expresar los sentimientos de Jesús con una conciencia manchada?... Reflexiona, reflexiona, hasta que estalla: ¡No resisto más!... ¡No puedo fingir así!...*

En una buena confesión hace las paces con aquel Jesucristo a quien tenía ofendido, y, al recibirlo después en la Comuni3n, quedan amigos para siempre.

Esto, y no otra cosa, es capaz de hacer —¡y lo hace, lo hace!— la celebraci3n constante de ese “Año de gracia” que es el Año Litúrgico de la Iglesia.

El Adviento, con que nos preparamos a la venida del Seño3r, nos apresta a recibir a Jesús con cariño cuando viene Niño en Belén, a la vez que nos hace tender la mirada a su Segunda Venida al final de los tiempos como Juez universal.

La Navidad nos llena de una alegría y unos gozos que sólo el Cristianismo puede ofrecer al mundo.

La Cuaresma nos une al misterio de Cristo que es tentado, que vence, y que nos enseña a luchar.

La Pascua es el colmo de la alegría y de la esperanza. ¡Morimos con Cristo, para resucitar con Él!

Pentecostés, culminaci3n de la Pascua, nos trae y nos da el Espí3ritu Santo, que transforma nuestras vidas, convirtiéndolas en obras maestras suyas.

Después, hasta que llegue otra vez el Adviento y la Navidad, nos metemos en el Tiempo Ordinario, con la monotonía de los días, las semanas y los meses..., imagen viva de la vida rutinaria, de trabajo y de descansos, con la mezcla inevitable de alegrías y de penas, de éxitos y fracasos. Es el tiempo que expresa maravillosamente el peregrinar por el desierto hacia la Patria prometida.

Y jalonando siempre nuestras jornadas, están las fiestas de misterios concretos del Seño3r: El Corpus, Sagrado Coraz3n, Cristo Rey... Las fiestas encantadoras de la Virgen María... Los días consagrados a nuestros hermanos los Santos, igual que a nuestros queridos Difuntos, que nos llaman y nos invitan a seguirlos hasta conseguir la dicha que ellos disfrutaban en la visi3n de Dios.

Miguel Ángel, para realizar su obra más genial, tuvo bastante con el rayo fulgurante de una sola noche del culto cristiano. El católico que sigue y vive la Liturgia de la Iglesia a lo largo del año —no una, sino mont3n de veces, continuamente—, contempla y vive el Misterio de Cristo, que lo va transformando en otro Cristo, convirtiéndolo en una verdadera maravilla de la Gracia. Y a la vez —¡otra maravilla!— está unido al culto de la Gloria, anticipando a este mundo las alegrías venideras...